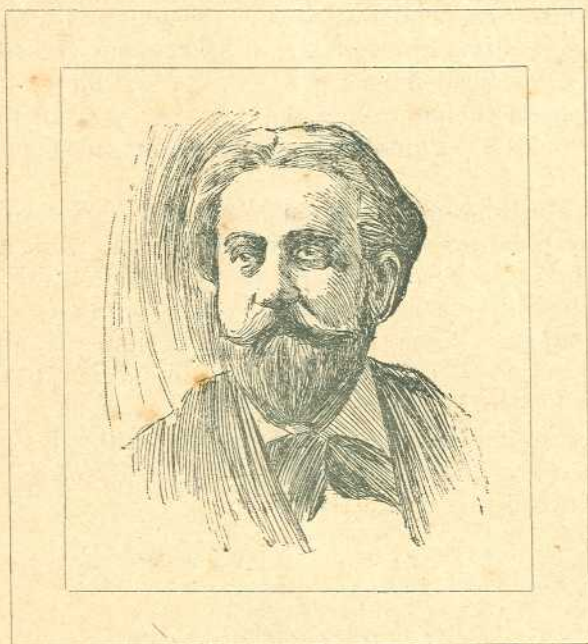




Redactores

MAXIMO SOTO HALL
RAFAEL ANGEL TROYO

Año 1.^o } San José, 8 de Octubre de 1898. } N^o 2



CATULLE MENDES

CATULLE MENDES

Historia de los refinamientos pasionales de una generación pueden titularse las obras de Catulle Mendès. En sus versos, como en sus cuentos deliciosamente malvados, no se advierte otra vida que la de nuestros sentimentalismos morbosos. Son instantáneas, trazadas por una mano maestra, del amor moderno, mezcla extraña de brutalidad y delicadeza, ora indeciso, como iluminado por el fleco de oro de un astro pálido, ora llameante, como encendido en fraguas infernales.

Los nervios cansados de esta raza latina, que desde hace tantos siglos viene dejando sembradas de luz las páginas de la historia, no pueden palpar sino al contacto de impresiones sutiles, infiltrantes como una quinta esencia. Las pasiones sencillas, los afectos naturales, alimento espiritual de razas más vigorosas ó nuevas, los desdeñamos por insípidos. Si no prodigáis las especies fuertes, oh artistas, renunciad al puesto de honor que pretendéis conquistar en nuestras afecciones

Catulle Mendès está en el secreto. Todos sus platos son picantes. O sobrado ideales— con el idealismo enfermo de la heroína de *Le Reve*—ó repletos de realidad brutal,—la realidad de *La bete humaine*—siempre rompen la línea fácil de las afecciones tranquilamente vulgares. Lo nuevo, lo raro, lo exótico, he aquí lo que busca el grupo á que Mendès pertenece y cuyas tendencias ha definido claramente el autor de *Philo-mela* en *La Légende du Parnasse Contemporain* y Verlaine en una sola estrofa:

«Car nous voulons la Nuance encore,
Pas la couleur, rien que la Nuance!
Oh! la Nuance seule fiance
Le rêve au rêve et la flûte au cor!

Las sensaciones no aprehendidas, los tonos más vagos, los últimos matices, tras esto va la descendencia

poética de aquellos singulares artistas,—Leconte de Lisle y Théodore de Banville,—los primeros en sobreponeer á la potencia lírica de los cantores de las *Odes et Ballades*, de las *Méditations* y de *Rolla*, el culto extremado de la forma.

La nevrose, la amable dolencia de los Goncourt, ha inspirado las obras todas de esta generación desequilibrada. Gracias á ella las notas musicales se han coloreado, los colores han adquirido perfume y los movimientos vagos del espíritu humano se han definido, hasta hacerse tangibles. Leed á Baudelaire: «Examinez: ce mot n'est-il pas d'un ardent vermillon et l'azur est-il aussi bleu que celui-là? Regardez: celui-ci n'a-t-il pas le doux éclat des étoiles aurorales, et celui-là la pâleur livide de la lune? Et ces autres, où s'allument des scintillations égales à celles des crinières inextricables des comètes! Et ces autres encore, en qui l'on découvre les arborescences splendides et prodigieuses du soleil!»

Cada una de las vocales tiene su color especial, consignado en un célebre soneto de Arthur Rimbaud:

A noir, E blanc, I rouge, U vert, O bleu, voyelles,
Je dirai quelque jour vos naissances latentes.....

Catulle Mendès es el más amable de la secta. Mientras la mayoría de los otros desdeñan el amor y se van en busca de «sentimientos menos banales, más raros y sutiles», Mendès traza historias primorosas, cuadros, miniaturas llenas de encanto, en que palpita el amor, alma del mundo. Por eso, quizás, el nombre del poeta maligno de *Le soleil de minuit* está escrito en las páginas del libro de los afectos de los pobres soñadores á quienes el amor, magnánimo Cirineo, ayuda á arrastrar la cruz abrumante de sus desventuras....

ERNESTO MARTIN

La Poesía de la Historia

EL SANTO DE ASIS

Asis es tierra en que el naranjo florece, que el limonero perfuma, que el olivo sombrea, que corrientes aguas festonan con espumas blanquísimas ó con el azul profundo de sus reflejos esmaltan, y sobre la cual despliega el cielo claridades y nubes, resplandores y hermosuras que superan todos los sueños de la fantasía. Y en aquella tierra nació y creció Francisco rodeado de prodigios, de apariciones misteriosas, de celestes mensajeros, de fenómenos naturales, nunca oídos, de avisos de lo alto, de vaticinios claros,—desde la cuna, desde antes de nacer más bien, marcado por el dedo de Dios para carrera más luminosa que la de la estrella de la mañana.

Su inocencia de niño no fue la ignorancia absoluta y común de la infancia; fue sólo la ignorancia del mal; era aquella una sombra que surcaban celestes resplandores. Los sacramentos de la Iglesia Católica los veía como escalas que bajan de lo infinito de la misericordia divina á lo infinito de nuestra miseria. Oía la misa asistiendo palpitante de emoción al drama de la cruz que ella simboliza. Oraba levantando el vuelo del pensamiento hasta la región de lo inefable, estableciendo con ella la comunicación que la plegaria envuelve. Su fe perfecta era la base de una esperanza perenne, superior á todas las dichas de la Tierra, y de ambas se engendraba una caridad abrasadora que lo hacía amar, no sólo á sus amigos y á sus enemigos, sino á la bestia inmundada ó pequeñuela, á la flor del campo, á la naturaleza entera, que por obra de Dios tomaba á sus ojos color nuevo y sobrenatural hechizo. Viviendo en una época de vicios escandalosos, de discordias ardientes, de pasiones monstruosas, de con-

trastes horribles entre la desventura y el lujo, se consagró á hacer fraternizar la soberbia y la envidia, pidiendo á la primera su oro y á la segunda su cólera, con humildad y fervor tales, que ablandaban todas las durezas, y estableciendo entre un abismo y otro la vía de comunicación que es la gloria del Gólgota. La pasión de Cristo no se apartaba un instante de su pensamiento, hasta el punto de que las señales del martirio sublime acabaron por aparecer en su cuerpo, llevando en su carne las huellas de los clavos cruciales que habían atravesado las manos y los pies del Redentor.

Lo ideal lo atraía, y la fiebre de la adolescencia y de las primeras horas de la juventud, el influjo del cielo de Italia, la atmósfera de su tiempo, la holgura de su casa lo llevaron blandamente al cultivo de las artes: fué tañedor, elegante y poeta; amó lo bello que resplandece en la superficie de la vida, antes de buscar las perlas de sin par hermosura que sólo se hallan en sus profundidades: se dió á cantar y beber con sus amigos en esos largos insomnios en que los vulgares cuidados de la existencia se olvidan por completo en una media embriaguez de la carne y en una sublime ebriedad del pensamiento: conoció el sueño pesado del vino, pero conoció también su ensueño refulgente; rindió culto pasajero á todas las delicadezas de la forma, desde las del pensamiento sutil que se envuelve en el ritmo y la rima como en túnica y toga de seda y la melodía exquisita que da voz al pensamiento indeciso y misterioso hasta la que pone en los primores de la tela con que se viste el cuerpo símbolo y marca de la belleza que se ama con ansias de angustioso apetito.

Pero su piedad lo apartó pronto de aquellas disipaciones: encontróse un día, al dirigirse al punto de cita de sus compañeros de holganza, un mendigo cuyos harapos y cuyas úlceras formaban repugnante espectáculo: de aquella miseria salió para él la voz que oyó Saulo en el camino de Damasco; la pureza moral, la inmensa ternura y la humildad incomparable del Cristianismo brotaron como de ocultos manantiales en su

pecho, y la vida quedó trasfigurada ante sus ojos; cambió por las asquerosas del mendigo sus ricas ropas, y no volvió á comer pan que no fuera el escaso y duro obtenido de limosna. En los abismos sociales á donde descendió en seguida, la lepra, esa enfermedad cruel que pone en la vida todas las podredumbres de la muerte, era la compañera ordinaria de la pobreza. Francisco por su delicadeza ingénita, por lo rico de su cuna, por sus costumbres elegantes sentía hacia aquella forma de la miseria repugnancia extrema y lo que hubo de más heróico en su nueva existencia fue el vivir mezclado con aquellos compañeros inmundos, respirando su atmósfera, lavando sus llagas, bebiendo en la misma copa, besándolas para aliviarlos con los testimonios de su amor inmenso, ansioso de que no hubiera barrera que los separase y exponiéndose á recibir el contagio de sus inmundicias corporales á trueque de esperar contagiarlos á su vez con la pureza de su pensamiento.

San Pablo lo ha dicho: el Cristianismo es una suerte de locura; la sabiduría común busca el goce, y él se complace en mantener viva la tristeza profunda que se desprende del drama de la Cruz; acordarse de sí exalta en perennes ansias á los hombres, y él predica que hay que olvidarse de sí mismo; el mundo promete sus recompensas á los osados, á los que salen á su conquista con la frente erguida y con pecho de hierro, y él se las brinda á los mansos y humildes de corazón; el mundo se inclina ante la altivez, adora los esplendores de la vanidad, cae de hinojos ante el oro, se deja guiar por una espada desnuda; y él levanta al humilde, besa la miseria y rompe la espada; el mundo busca la riqueza y él anda detrás de los pobres; el mundo está lleno de curiosidades, y él sabe todo lo que le importa; el mundo pasa de un amor á otro amor y de una esperanza á otra, y él está fijo en el amor que lo abrasa y en la esperanza que lo alumbra; el mundo corteja el favor de los poderosos, y él la sonrisa de los humildes: el mundo corre sin cansarse de un lado á

otro anhelando protecciones y favores, *él sabe que su Redentor vive*; el mundo quiere vivir y él adora la muerte; al mundo nunca le parece tener lo bastante, y él había pensado y sentido desde el principio la frase que un gran poeta ha dicho: *á el que nada tiene le queda siempre su Dios.*

Hay dentro del Cristianismo una institución que ha sido instrumento de grandes abusos y víctima de no menores injusticias; la de los frailes, como los llama exclusivamente el vulgo. ¿Qué son los frailes? Son sencillamente hombres que renuncian al mundo: hacen votos de pobreza, de castidad y obediencia; sufren sin abrigo la inclemencia de las estaciones, van toscamente vestidos, descalzos á veces; ayunan; se mortifican la carne, unos rezan casi de continuo, otros trabajan casi sin reposo; algunos predicán, otros enseñan: todos viven para los demás, en la abstinencia, en el ayuno, sobre la cama dura, en el sol, en la lluvia, en medio de las furias de los elementos y de los desprecios y de los odios de los demás hombres. Por lo común están obligados á vivir de limosna, sin poseer cosa alguna en verdadera propiedad, ni el sayal que visten, ni el devocionario en que leen: cuando no son grandes criminales, son seres abyectos y sublimes; desposados con la pobreza, verdaderos siervos de los siervos de los hombres: lo que está más abajo en la vida, y por lo mismo, lo que está más alto: las filosofías los han encontrado absurdos, las políticas peligrosos, el sentido común ridículos; las legislaciones los han espoliado, las plebes los han befado ó exterminado. No importa: los pocos que el mundo ha dejado vivos continúan serena y valientemente su camino. Piensan sólo en estas palabras del Evangelio: «el que quiera ser de veras mi discípulo, que tome su cruz y me siga.»

Los que lo han conocido de cerca ó de lejos, recuerdan con espanto al monje ambicioso trastornando imperios, al monje disoluto trastornando familias, al monje codicioso arruinando países, al monje glotón devorando patrimonios, al monje fanático encendiendo

la discordia entre el esposo y la esposa, entre el padre y el hijo; recuerdan los mares de sangre de las guerras religiosas, los potros de tormento de la intolerancia; la ciencia pavorida y silenciosa, la superstición triunfante, los pueblos esclavos teniendo por coyunda la cruz, las iglesias sirviendo de morada sólo para la concupiscencia y de asilo sólo para el crimen; Arnaldo de Brescia asesinado, Savonarola asesinado, Galileo deshonrado; se acuerdan de conventos que eran verdaderas pocilgas, y de otros que eran mataderos, hablan del *in pace*, maldicen á Domingo de Guzmán y á Ignacio de Loyola, y creen que el litigio está definitivamente fallado por la civilización y archivado por la Historia; pero ese no es el proceso, ese no es sino el alegato de una de las partes. La Historia recuerda así mismo la dulzura de Carlos Borromeo, la caridad de Vicente de Paul, la piedad de Francisco de Asis; la Historia vé legiones de frailes doctrinando salvajes, amansando pasiones, encadenando iras, curando enfermos, iluminando ignorancias, amparando horfandades, levantando casa y dando calor de hogar para todas las desventuras, haciendo misiones de Evangelio al centro de todos los peligros, subiendo al Calvario en todos los continentes del planeta,—y en tanto que la ciencia resuelve sin apelación la contienda,—la poesía besa el bordón del peregrino, la cruz del mártir y el rosario del fraile.

La orden fundada por Francisco se marcaba especialmente por la pobreza y la humildad: su sayal tosco y la soga con que lo ceñía fueron durante mucho tiempo más venerados que las coronas y los cetros de los Reyes. Aquella milicia de amor, apaciguadora de iras, sembradora de amistades, hasta el punto de que infestando un lobo feroz cierta comarca, la tradición cuenta que Francisco logró ajustar paces entre la fiera y los habitantes del lugar cercano á sus fechorías y entró en lo adelante mansamente el lobo á recibir el cotidiano alimento á la casa de los labriegos antes por él de continuo amenazados; aquella milicia, digo, fué durante muchos años rodeada y aclamada por el amor de las

muchedumbres, y si, degenerando, al cabo, en vicios se trocaron algunas veces sus virtudes, nada hay en su instituto y nada hubo en su piadosa fundación que no merezca gratitud y alabanza.

La liturgia católica, la pompa de las ceremonias, las grandes bóvedas de las catedrales á donde sube el humo del incienso y en que se refleja el solemne acento del órgano, las ideales pinturas en que grandes artistas han dado imágenes adecuadas á misterios dogmáticos que son en sí mismos de una hermosura arrobadora, los ritos majestuosos, la mitología hechicera, las milicias angélicas uniendo el cielo con la tierra, el profundo sentido de las fiestas, el lenguaje, admirablemente elegido, por su fondo y por su música en que el catolicismo habla, la asiduidad con que acompaña al hombre desde la cuna en que lo bautiza hasta el sepulcro en que lo rodea de plegarias y de bendiciones, la magia de sus esperanzas, los arcanos de su fe, la sublimidad de sus sacramentos, la eficacia de sus consuelos, la multiplicidad de sus recursos, el carácter de sus oraciones, las maravillas de su culto, esa flor de poesía, incomparable en los anales de la imaginación, que se llama la virgen madre,—todo ese mundo, toda esa fábrica portentosa de ideas y emociones que constituyen el Catolicismo, forma á los ojos de quien sea capaz de darse cuenta él en todos sus detalles, espectáculo de una grandeza soberana.

En el estado actual del mundo no hay esperanza de dominarlo, empero, por ese camino: la fantasía tiene á cada hora que pasa, menos imperio sobre el hombre y las esperanzas de ultratumba entran por tan poco en la vida contemporánea, que el Nihilista, que no cree en Dios, representa en la actualidad el mismo papel que representó el martir cristiano ante la tiranía de los Césares y las fieras del Circo. Un Franciseo de Asis haría hoy, en cambio, más por la paz del mundo que los más grandes estadistas de Europa. La poesía de aquella existencia singular no está á nuestros ojos en los arrobamientos místicos, en los torrentes de lágri-

mas que llegaron á cegar sus ojos por la idea constante de la pasión del Redentor; no está en las oraciones bellas por él inventadas y que la Iglesia conserva; ni en los milagros múltiples, ni en los trabajos innúmeros, ni siquiera en la vida sin mancha: está sobre todo en su caridad, sólo á la del Cristo comparable; con obra semejante es como puede salvarse aún la civilización, amenazada hoy por la terrible faena subterránea del odio. Hablando de Francisco de Asis ha dicho Leon XIII: el más grande santo después de Nuestro Señor: un Santo al menos, según los quería Nuestro Señor, añadimos respetuosamente nosotros.

A. ZAMBRANA.

El fin del poema

Á JOSÉ MARÍA BARRETO

ALLÁ, en el lejano barrio de torcidas callejuelas, vivía en su destartalado cuartucho el pobre *Mirlo de París*. Su pequeño cuarto era un nido de hambre y de poesía á donde llegaban los ecos distantes y alegres de la gran ciudad. Allí en su apartado rincón, el poeta cantaba el himno á la luz y creaba la rima bella y potente.

Hacia ya algún tiempo soñaba con el pujante vuelo de las aves. Oh! amaba las alas que cruzan la gran inmensidad y conducen hasta el azul. Su sueño, en el que también se mezclaban los horrores de la miseria, era un poema, y es e poema, con su parvada de versos locos y sublimes, le llenaba el cerebro á manera de pájaros bravos y cautivos.

Y aquella noche de crudo invierno, con el estómago vacío y las manos ateridas y heladas, miró fijamente por el ventanillo de su buhardilla hacia allá, hacia el riñón de la gran ciudad donde emergían los

palacios iluminados, y dijo: «Para vosotros, ricos potentados que ahora, en estos momentos de mi tristeza, os calentáis á la lumbre de la estufa y lleváis el estómago satisfecho, para vosotros, los poderosos que despreciáis el harapo y os reís del verso sensible que canta el dolor, sí, para vosotros, voy á abrir la puerta de la jaula á mis fieros aguiluchos: ya sentireis el mordisco de su corvo pico.» Y agarrando la pluma puso este título *La Miseria*.

La buhardilla enmudeció y en medio de aquel silencio se oía el arañar de la pluma sobre el papel y á veces un nervioso castañetear de dientes.

Las cuartillas se amontonaban una tras otra, garrapateadas á la ligera por el galope incansable de la pluma. Las horas pasaban y pasaban.

Fuera, la nieve con su monótona canción y dentro, la loca fiebre olvidaba del hambre y del sufrimiento. Ya el poema iba á concluirse cuando de pronto un grito desesperado: «No hay tinta!» y el poeta se irguió como un loco. Y aquel eco, que resonó en las tinieblas como un gemido, era el grito del soldado que quiebra su espada en el combate, la maldición del mendigo á quien se le arrebatase el último pedazo de pan que come; y entonces, como un león que se vengara á sí mismo, se hundió la pluma en un brazo y empapándola repetidas veces en la roja tinta de sus venas, escribió triunfante, sus últimas estrofas, bellas y atrevidas como bandada de soberbias águilas!

RAFAEL ANGEL TROYO.

La Tristeza del Mármol

Frontera está del Laoconte
 Que en mármol pario agoniza,
 Venus, una Venus blanca,
 Triste, como la Elegía,
 De senos en flor, y testa
 Culminante y pensativa.

Y dice la sacra diosa:
 «No soy, como el Hombre, hija
 De un amor que sólo es larva
 Del placer.—Y á mi se inclinan
 Las amadas de los Reyes
 Y los mármoles de Fídias.



Enfermo de mal de amores
 Sueña el joven, á mi vista,
 Que á grandes sorbos apura
 El champaña de la dicha,
 En mis labios, en mis senos,
 En mis túrbidas pupilas.



La aureola que mis sienes
 Circunda, cuasi indistinta,
 Formada está con las dulces
 Miradas de los artistas;
 Y lloró á mis pies un genio
 Germano, ingerto en semita».



Y descuella entre las diosas
 Del Museo, la ciprina,
 Como rosal entreabierto
 En prado de margaritas;
 Mas, si ardiendo en hermosura,
 Triste, la diosa, suspira.



Dice la mítica estatua:
 «Esta del mármol no es vida;
 En virginidad eterna
 ¡Ay, gloriosas carnes mías!
 Nunca padeceis de gozo
 Bajo quemantes caricias.



Nunca en torno de mis senos,
 De hermosura magnolina,
 Aleteó la mariposa
 De un ósculo.»—
 Y la magnífica
 Frente de Venus se cubre
 De una tristeza sombría.

RUFINO BLANCO FOMBONA
 (Venezolano)

HEINE

NACIÓ EN DUSSULDORF
EL 1.º DE ENERO DE 1800

MURIÓ EN PARÍS
EL 17 DE FEBRERO DE 1856



LIEDER

Envuelto en frío sudario
de hielo, sobre un peñón,
se alza un pino solitario
del árido septentrión.

Sueña con una palmera
que en el oriental edén
en abrasada ribera
suspira y sueña también.

Entique Heine.

CUITAS JUVENILES
1817-1821
INTERMEZZO
1822-1823

EL REGRESO
1823-1824
EN LAS MONTAÑAS DEL HARG
1824

En un Album

Mis versos eran notas
de música perdida,
cantares sin acento
sin melodía ni voz,
estrofas disonantes
sin ritmos y sin vida,
altares sin incienso
y religión sin Dios.
Mas ahora que de tu album
penetro en el santuario,
hoy que mi pobre lira
puede vibrar de amor,
ya tiene Dios mi creencia,
mi altar tiene incensario,
música mis estrofas
y voces mi canción.

.....
Sí, tu mirada encierra la claridad del día
y siento como ejerce dentro del alma mía
influidos misteriosos de mágico poder...
¡Qué dulce, Virgen Santa! para el cantor sería
eternamente esclavo de esa mirada ser...!

EDUARDO CALSAMIGLIA

Ismael Enrique Arciniegas

CUANDO el año último llegaba yo á la pintoresca capital de Venezuela, á la Sultana del Avila patria del Gran Bolívar y de Miranda el girondino, procedente de la República Dominicana, en cumplimiento quizás de la misión errática y ambulante que he traído á este mundo, anhelaba vivamente llegase el instante de conocer al grupo de literatos jóvenes que forman en Caracas la vanguardia de las letras, á Manuel Díaz Rodríguez, Gil Fortoul, Picón Febres, Rufino Blanco Fombona, Andrés A. Mata, Racamonde,

Angel C. Rivas... la *peña* que se forma en la librería Francesa ó en el café la India; y no sentía menos deseo de visitar al vate colombiano Ismael Enrique Arciniegas, Secretario de la Legación de su país en Venezuela. Fabio Fiallo, el poeta elegante de las *Vibraciones*, me había encargado una visita á su colega en *renglones cortos*; y esta circunstancia unida á la vehemencia de mi deseo,—más exactamente, de mi pasión literaria,—concurrió por manera decisiva á la realización del propósito.

Justo y hasta oportuno es que diga, que allá en mi patria, en Cuba, ya los periódicos me habían dado á conocer *en obras* al joven cantor de la tierra de Pinzón Rico y Jorge Isaacs. Particularmente Casal, el soñador inolvidable, que me mostraba las cartas fraternalmente afectuosas de Arciniegas, enriquecidas por el valioso lastre del más acendrado cariño, fué de los primeros en denunciar á mi curiosidad y señalar á mi admiración la nueva entidad lírica que se destacaba en el Parnaso Colombiano.

¿Habré menester decir que desde entonces fui asíduo lector de Arciniegas?

Más tarde, cuando lo he conocido, he encontrado al *hombre* en sorprendente armonía con el *poeta*. ¡Y qué pocas veces se da este caso!

*
**

Fresco está aún en mi mente el recuerdo del día en que nos vimos y nos comunicamos nuestras simpatías literarias. Y debo declarar que la codicia no engañó á mi anhelo; que nunca, en ningún momento de la conversación, una juntura de coraza ofreció flanco vulnerable á la espada de mi posible desencanto.

En su magnífica habitación del Gran Hotel Venezuela, donde me recibió, nada revelaba que fuese aquella la morada de un poeta, de un *manicó de intelectualismo*, que diría Bourget. Lujo, confort, mucho confort y ambiente de elegancia discreta. Sobre las sillas, alguno que otro ejemplar de esos *Magazines* ame-

ricanos y un tomo de poesías de Ada Negri... La lectura del día que se deja y se recomienza alternativamente.

Nada de extraño ni excéntrico en Arciniegas. Un rostro cálidamente trigueño, de facciones recortadas, de líneas rígidas, animado por brillantes ojos negros, sobre los cuales se tienden en curva dos líneas de ébano. El pelo igualmente negro, duro, recortado como un cepillo, trae á la memoria el de Baudelaire en la época en que escribiera sus famosas *Flores del mal*, junto á su *Venus negra* Juana Duval. La voz de Arciniegas es la voz sonora, con ese dejo de suavidad salpicado de interrogaciones, que es común á la familia colombiana. Me cautivó en él principalmente la sobriedad aristócratica de sus movimientos, expresivos de la delicadeza que es peculiar á todo hombre bien nacido. Hubo un momento en que sus ojos elocuentes resplandecieron con inteligencia y comprendí que iba á romper á hablar, aunque no le había interrogado acerca de ninguna materia. ¿Lo que dijo? Cosas muy sensatas; cuerpos de frase que transparentaban el prismático incendio de ideas que centelleaban luminosas en su cerebro.

Quise recordarle la copiosa literatura colombiana, que ostenta las más ricas variaciones con frondosidad de vegetación tropical. Yo, que he admirado la facundia de aquel sabio barón Juan de Castellanos, que he amado con Isaacs al leer conmovido el poema de *Maria*, que he considerado asombrado la obra monumental de Rufino Cuervo, el saber y valer de Miguel Antonio Caro, el mérito de historiadores como Restrepo y Vergara... no podía tampoco dejar de hablar con entusiasmo de los coetáneos de Arciniegas, que tanto me seducen: de Enrique W. Fernández, Gómez Restrepo, Rivas Frade, de Carlos Arturo Torres, tan inspirado como erudito, y de Julio Flores, que me lo figuro el bardo de la generación nueva en la tierra por donde corre undoso el Magdalena.

Arciniegas me abandonó durante algunos minutos, para traerme acompañado de expresiva dedicatoria

ria, su último primoroso libro, *Poesías*, esmeradamente impreso en los talleres de *El Cojo*, y el cual libro contiene las más celebradas elucubraciones poéticas del distinguido antioqueño. Entre las perlas deslumbrantes que encierra ese joyel, difícil sería marcar preferencias y adjudicar superioridades. El prologuista don Ricardo Becerra, escritor disertado y erudito, alaba singularmente el gusto del poeta á quien presenta, al no dar cabida en ninguna de sus composiciones afortunadas, á esas recrudescencias de colorido, á esas audacias de frase y de imágenes, tan en moda en la literatura actual, y explica razonablemente el apartamiento de Arciniegas de aquellos asuntos sacados de la naturaleza y de la vida hispano-americanas. En lo cual somos felices coincidir con tan ilustrado autor, pues nuestra vida es monótona y poco interesante. Cuatro siglos no es tiempo suficiente para dar variedad y trascendencia, riqueza histórica y valor estético á la sociedad de un continente, y hay que tener en cuenta que esas circunstancias son privilegio de las viejas razas y de las antiguas civilizaciones.

*
**

De las poesías de Arciniegas que he leído con verdadera fruición, citaré *En Colonia*, tan justamente ponderada por el vago perfume de germanismo que exhala.

Lejos, canto solitario, burilado por la Nostalgia y la Tristeza.

La Estrofa excelsa, hermosamente casta, con la castidad del amante que acaricia con la mirada el cuerpo cuya delicia implora.

Su alcoba y *Su corsé*, son dos «amorosas» del más depurado gusto, donde acaso se manifiesta con más espontaneidad la Musa del poeta, en la transparente polieromía de su ideal. Esa Musa no es la vírgen obscena y jovial, de caderas copulantes, docil á la caricia, que anhela los espasmos impetuosos, deshaciéndose en lágrimas después del síncope; sino la vírgen impoluta

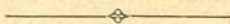
que pasa ante el elegido abriendo sus manos fecundas de donde caen flores de ensueño y frutos deliciosos; vírgen—aurora que eleva sus brazos de nieve, brindando á los mortales sus puros cálices de rocío, inmóvil y soñadora al borde de la claridad..... El poeta, con una nobleza que le honra, se complace en velar de misterio el nido del amor; y solo la luz tímida que asoma por la ventana, como una lengua de oro en los muros de un santuario sumergido en la paz augusta de la noche, es la única señal que revela la sagrada comunidad de dos seres..... El poeta salmodia las remembranzas crepusculares de los angelus, que le sumen en narcótica dulzura..... Todo canta en sus estrofas: los mármoles, las flores, los vapores del incienso, el Champana que burbujea en su túnica de cristal, los mármoles heroicos y las sombras veneradas de los patriotas que han escrito con su sangre la palabra Redención..... La Naturaleza también le conmueve en sus tranquilas y silenciosas metamorfosis: ama las praderías que baña el sol con las gamas de su potente irradiación, ó suspira ante la música salvaje de la brisa al agitar las frondas, guardando en la memoria sus rumores eólicos; mas, por sobre todas esas aspiraciones expresadas en el lirismo más eneantador, busca Arciniegas una estrella donde fijar sus miradas, un espejo femenino en el cual reflejar los esplendores de ternura que siente en su alma, expresándolo con melodioso acento de cisne espirante.....

*
* *

¿Habré escrito demasiado acerca del artista colombiano? Pues aún no lo he dicho todo. Ni me determino á hablar de su persona que en cuanto poeta, poeta triunfador consagrado en los cenáculos de la joven América.

EULOGIO HORTA.

San José de Costa Rica, Octubre de 1898.



FLIRT

Entre las dos blancas cortinas asomó Edwin su rostro demacrado. Hacía días que la enfermedad era veloz y la fiebre hincaba ruda su diente negro.

—Francis—me dijo—muero: ahí en la gaveta del velador, en un cartapacio de violetas están las cartas de Maud, llévaselas...

Pobre Edwin! Aún me acuerdo de aquella noche en que el bruñido salón del hotel en Edgemeare, irradiaba bajo las guirnaldas de los bombillos.

Las damitas iban á bailar hasta el alba, para que coincidiera el primer rayo de sol con el último borroncillo de crema rosa que desaparece de las mejillas.

Edwin y yo cruzamos saludos é hicimos reverencias: era muy conocido Edwin en los pueblos de verano, y muchas manecitas se habían disputado la primicia de prender en la botonadura el ramito de orquideas.

Esa noche conoció á la adorable Maud, la que en la misma noche selló las declaraciones de Edwin, con el palmetazo rudo de un inmenso *yes*.

Edwin siguió á día más apasionado y ella más casquivana. Coqueta con ensañamiento, premio del remo en el Club: había que verla con las mangas al hombro, el seno latente y mórbido y la boca riendo á carcajadas.

Y sucedió lo que había previsto: Maud dijo que á ella libre como una mariposa no le imponían leyes de internato. ¡Oh su libertad! La mal comprendida libertad norte-americana.

Maud era de raza, de la rubia de coquetas neoyorkinas, y despidió á Edwin con su bestial subida de hombros, signo de desprecio y con su clásico: *all right*. Y se acabó.

El galante, el *clubman*, adelgazó con la cursilería de una muchachuela de barrio bajo, y desde entonces no se anudaba la corbata con el descuido artístico que lo hacía, el ojal quedó huérfano de la gardenia, y lo que es peor, contrajo una enfermedad mortal.

—Créeme Francis, no muero de amor como una violeta, sino de vergüenza. Qué se harán mis títulos de calavera y mi reputación de elegante: todo desaparecido bajo la manita callosa de una remera de club....

*
*
*

..... tomé las cartas que me indicó y fui enseguida á ver á miss Maud dudando de su corazón; pero me convencí cuando terminado el relato de la enfermedad de Edwin me repuso despiadada y fría:

—Qué lástima Mr. Francis; si muere no podré pasar como pensaba, una semana en Saratoga...

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

Una Página de Teófilo Gautier

LEONARDO DE VINCI

“LA GIOCONDA”



SFINGE de belleza que sonrías tan misteriosamente en el lienzo de Leonardo de Vinci y parece proponer á la admiración de los siglos un enigma que todavía no han resuelto!... una atracción invencible lleva las almas siempre hacia tí! Oh! ¿quién es en efecto el que al contemplarte no ha permanecido largas horas ante esa cabeza bañada en medias tintas crepusculares, circundada de rizos transparentes y cuyas líneas nadando en suave vapor violeta, semejan una creación de la fantasía á través de la negra gaza del Sueño? ¿De qué planeta ha descendido, en mitad de un paisaje azul, este ser extraño con su mirada que promete voluptuosidades desconocidas y su expresión divinamente irónica?... Leonardo de Vinci imprime á sus figuras tal sello de elevación y superioridad, que irresistiblemente nos sentimos desconcertados en su pre-

sencia. Las penumbras de sus ojos profundos, ocultan secretos vedados á los profanos, y las puras inflexiones de sus labios burlones, son dignas de los dioses que poseen la absoluta sabiduría y desprecian dulcemente las vulgaridades humanas. ¡Qué fizeza inquietante y qué sardonismo sobrehumano en esas pupilas saturadas de sombra, en esos labios ondulosos como el arco del Amor después de haber disparado la saeta! ¿No podríamos decir que la Gioconda es la Isis misteriosa de un culto subterráneo, que creyéndose sola descubre su velo, debiendo el imprudente que la sorprenda volverse loco y morir?... Jamás el ideal femenino ha revestido formas más indeleblemente seductoras. Bien podeis creer que si don Juan hubiese encontrado en su camino de seducción á Mona Lisa del Giocondo, se hubiera ahorrado el trabajo de escribir en su agenda galante tres mil nombres de mujeres; porque al trazar este solo, las alas de su deseo se habrían negado á llevarle más lejos, por haberse desplumado y fundido al verse heridas por el negro sol de aquellas pupilas.

(Traducido para PINCELADAS)

Una novela centroamericana

En *La República*, de Guatemala, comenzará en breve á publicarse, como folletín de dicho diario, una novela del señor don Agustín Mencos F., titulada: *Don Juan Núñez García*. Según declara el autor en interesante carta que dirige al colega guatemalteco, su «objeto al escribirla fue dar á conocer al público, en forma amena y literaria, alguno de sus sucesos importantes de la colonia que de un modo confuso y desordenado y en lenguaje inculto y vulgar, refieren antiguos cronistas y viejos manuscritos. El asunto

principal y los personajes son reales; los accesorios y las aventuras son ficticias. Es, pues, mi obra una novela histórica, género literario que introdujo y popularizó entre nosotros, con tanto brillo para su nombre como gloria para su patria, el inolvidable escritor don José Milla, de quien me confieso discípulo y cuyas huellas he procurado seguir en este ensayo.»

«Si hemos de tener—agrega el señor Mencos— alguna vez literatura propia, si dentro de la unidad substancial de la literatura de los pueblos hispanos, la nuestra ha de tener sus peculiares y característicos, forzoso es que los centro americanos que cultivamos las letras, lo hagamos poniendo en ellas algo de lo que nos es característico y peculiar, algo de nuestro propio ser y de nuestra vida. Imitadores vulgares de lo exótico y extranjero, casi nos sobran; pero sus obras, pálido reflejo de lo que se escribe en otros países, ni dan vigor y consistencia al árbol naciente de las letras nacionales; ni se salvan del olvido á que, por su mediocridad y extranjerismo, están irremisiblemente condenadas. En la inmensa balumba de la escuela á que pertenecen, son hojas secas que el viento arrastra, voces perdidas sin eco ni resonancia. Lo que nos falta son escritores *nacionales* en el más profundo sentido de la palabra; escritores que penetren en lo íntimo del alma patria, que se inspiren en nuestras montañas, en nuestro sol, en nuestros campos, en nuestra naturaleza moral y material en fin. para dar forma artística á las concepciones de su fantasía, al fruto de su inteligencia. Lo que vale y significa la literatura guatemalteca en las repúblicas latino-americanas, lo debe principalmente á escritores *nacionales*, en el sentido que dejo expuesto, es decir: á escritores que han reflejado en sus escritos algo de lo que nos es propio y substancial, tal como Goyena en sus fábulas, Batres Montúfar en sus leyendas, Diéguez en sus cantos líricos, Milla en sus novelas y cuadros de costumbres.»



LAS GOLONDRINAS



Sobre las ramas color cepia, apuntaban con vívido esmalte las yemas, prontas á extender sus abanicos de hojas. Azul estaba el cielo y picaban ya las agujas doradas del sol. Había la primavera con sus manos de rosa, desgarrado la pelliza blanca del invierno. Volvían las golondrinas á surcar el espacio con sus giros caprichosos; ya descendiendo como aves heridas, ó remontándose con la rectitud y velocidad de una flecha; para luego enfilarse á cuchichear, sobre el alero de un tejado.

Oh! qué grata es la vuelta de las golondrinas! Vienen con ellas, las tibias caricias del astro de oro, las auras perfumadas, los días alegres, y los capullos que al romper su broche, bordan el

campo de colores, y extienden sobre las praderas verdes una paleta polieroma.

Sólo Mamá Teresa, la abuelita, veía con honda angustia la vuelta de las avecillas. Cada una que llegaba, hacía que rociase su punto de calceta con lágrimas abundosas. Eran las mismas, las mismas que habían partido á la llegada del invierno, las que hacían el encanto de su nietecita y bajaban á comer á su mano. La niña las vió partir. Se reunieron todas, volaron y revolaron entorno del balcón cual si quisieran despedirse de ella. Las viejas parecían reposadas y tranquilas, las jóvenes que nacieron bajo su techo, estaban más contentas; pero muy emocionadas.

Al fin partieron. Ella las vió alejarse. Se distinguían al principio las unas de las otras; después se

confundieron en una mancha negra, y la mancha se hizo punto, y el punto se desvaneció en el manto perla de un cielo triste.

La niña rompió á llorar.

—¿Volverán mamá? dijo sollozando. ¿Las volveré á ver? y la niña débil, enfermiza, pálida, presa de emoción profunda y sin fuerzas para sostenerse en pie, dejase caer en un sillón, mientras la abuelita acariciando su cabeza la decía:

—Ya lo creo, volverán con la primavera y te encontrarán, fuerte, sana y alegre.

*
**

Se fueron las golondrinas y llegó el invierno. Rachas de viento huracanado, nevadas copiosas, mucho fuego en la chimenea y mucho frío, un gran frío. La niña enferma se quejaba sin cesar y preguntaba todos los días:

—Mamá, ¿cuando concluye el invierno? ¿cuando volverán las golondrinas? Me has dicho que vendrán con la primavera. ¡Oh! yo quiero que vengan pronto las golondrinas.

Desgraciadamente corrían los fines de noviembre y estaba aún lejano el día de su regreso. Y la niña fue poniéndose mal, muy mal, hasta que una tarde durmiese en los brazos de su abuelita, para despertar en la angélica corte del Creador.

Y así, Mamá Teresa, no podía ver la vuelta de las golondrinas, sin rociar su punto de calceta con lágrimas abundosas y sólo se consolaba pensando que con ellas venía la primavera cargada de flores, y que podría, todas las mañanas, cubrir de rosas encarnadas y lirios de nieve, la tumba de la muertecita, que tanto en vida amaba esas corolas.

ARNOULD LA CROIX.

DE JORGE ISAACS

Como entró en el mundo literario

ENTRE mis recuerdos ocupa lugar muy señalado el de un hecho cuya relación, si fuera publicada por los que en él tuvimos parte, nos granjearía la nota de presuntuosos. En ninguna parte puede consignarse mejor que en este libro. José María Vergara y Vergara, tan apasionado por la gloria de los demás como por la literatura, estaba en el año de 1864 entregado á ciertos prosaicos negocios. Para tratar de uno de ellos, le busqué un día del mes de mayo de 1864, un joven caucano á quien no conocía.

En la entrevista que tuvieron, desviada casualmente la conversación del asunto principal, hubo algo que dió pie á Vergara, para preguntar á su interlocutor si había escrito versos. Nada menos que un libro lleno de los que en diferentes épocas de su vida había compuesto; prometió mostrarle; en la noche de ese mismo día se lo estaba leyendo en su casa, y en la de otro amigo nuestro se repitió la lectura la noche siguiente, estando presente el dueño de la casa, que era Ricardo Carrasca, Vergara y yo.

Tenían lugar entonces los inolvidables *mosaicos*, ágapes literarios en que la común afición á las letras engendró una santa fraternidad. *El Mosaico* era una sociedad sin lista de miembros, sin Presidente, sin reglamento, sin objeto ostensible, que por carecer de todo esto, no dejó de ser fecunda. Ese *carecer* fué *tener*.

La noche de que últimamente he hecho mención quedó acordado, que el joven caucano sería presentado al *Mosaico* en su inmediata reunión, á la que debería ir con su libro de versos.

La reunión fue en casa de José María Samper

Trece éramos los que habíamos concurrido. La presencia de nuestro nuevo amigo á quien recibimos como si lo hubiese sido de muy antiguo, conjuraba todo nuestro agüero que un inglés hubiera podido sacar de aquel número. Cuando rayó la aurora nos separamos. Pero ya había rayado á esa hora la del poeta. Cada uno de nosotros llevaba admiración, entusiasmo, cariño por él, bastantes para hacer rebosar esos sentimientos sobre todos los colombianos.

El había ganado de un golpe trece amigos y esa amistad se hizo contagiosa; pronto lo eran suyos todos los que eran nuestros. Aquella noche se había dictado un acuerdo (el único que se dictó, el único que ocurrió dictar mientras duró *El Mosaico*). Este acuerdo decía en sustancia: «Los infrascritos publicarán inmediatamente, á costa suya, las poesías de Jorge Isaacs». Las firmas que se pusieron esa noche fueron trece; pero uno de los nuestros que no había podido concurrir, estampó la suya al día siguiente.

La colección de las poesías de Isaacs estaba impresa, y bellamente impresa, pocos días después. Isaacs había recibido una revelación de sus propias fuerzas y se sentía estimulado á ensayarlas. Sin esto, el mundo literario no hubiera poseído nunca la *María*.

Nosotros creimos quizá no hacer otra cosa que dejarnos impulsar del entusiasmo, desahogar un sentimiento noble (muy opuesto, ciertamente, al de envidia, que se atribuye á los literatos); pero estuvimos lejos de pensar en la importancia de lo que hicimos. Siempre se ha dicho, y no sin razón, que aquí no podemos cultivar las letras con esperanza de otra satisfacción que la de poderle señalar á un amigo los frutos de nuestras tareas; y aun hay caso en que los autores, á semejanza de aquellos animales ovíparos que no incu-

ban, ignoran que suerte corren en el mundo las producciones que se les deben.

Isaacs tuvo la satisfacción, no ya de leer sus poesías á muchos amigos, sino la de convertir en amigos á muchos desconocidos leyéndoles sus versos.

No es fácil que en los países más cultos haya habido quien gane su fama de un modo tan envidiable: él había ido escribiendo para dar desahogo á sus sentimientos, y había ido guardando sus manuscritos; de un golpe, en una sola noche pudo saborear el placer de verse comprendido, aplaudido, estimado en lo que vale.

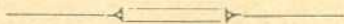
No había habido ocasión de que la crítica envidiosa ni la indiferencia (más irritante todavía) le hicieran probar los sinsabores porque pasa quien va recogiendo sus laureles poco á poco.

La literatura no produce dinero en nuestra tierra; en otras mejores se habla mucho de poetas que mueren en el hospital. Isaacs ganó dinero con la publicación de su novela. De esto no se debería hablar, porque es indigno; pero hay que decirlo porque es muy significativo. El libro de ventas de quien expende una obra es un instrumento que señala los grados del mérito del autor. A lo que indica este instrumento no puede oponer nada, ni la crítica docta ni la ignorancia del vulgo.

Isaacs ha sido el más afortunado de los colombianos que han cultivado las bellas letras, y merecía serlo.

A los que formábamos *El Mosaico* nos cabe la satisfacción de haber demostrado, siquiera con un ejemplo, que entre nosotros sí puede ser estimado el ingenio y recompensado el mérito.

MANUEL J. MARROQUÍN.





LAS últimas publicaciones poéticas de la Musa francesa, tan rica de inspiración, se distinguen por un fondo de panteísmo. Aunque la producción es abundante, nos limitamos á registrar lo más notable:

Poemes des mois, composiciones de los jóvenes Fernand Pradel, Jean Viollis, Delbousquet et Lafargue.

Renaissance, por Eduardo Ducoté.

Au fil de l'heure, por Víctor Marguerite.

Les elevations poetiques, por Paul Souchón.

Le jardin d'où l'on voit la vie, por Marc Lafargue.

Poemes confiants, por Henri Van de Putte.

Les poèmes de l'Amour et de la Mort, por André Lebey.

Les jours qu'on aime, por Georges Piroch.

La chanson des hommes, por Mauricio Magre.

La solitude de l'été, por Henri Cheón.

Étapes vers le crepuscule, por Albert Montals.

De l'angelus de l'aube á l'angelus du soir, por Francis Jammes.

—La prosa no se muestra menos rica, la prosa artística, se entiende. Tomamos nota de lo más saliente:

Nevrosés, por Arvéde Barine (1 volumen, librería de Hachette). Es un excelente trabajo sobre Hoffmann, Quincey, Edgar Poe y Gerardo de Nerval.

Le triomphe des mediocres, por Paul Adam (1 volumen, librería Ollendorff). En esta nueva obra del eminente autor de las *Voluntades maravillosas*, se trata

de los *mediocres*, ó sea de nuestros maestros los Bur-gueses, de los diferentes Estados Mayores que dirigen las instituciones sociales.

Au loin, por Mme. A. B., impresiones proféticas sobre la India y los Afridis. Es este libro una verdadera obra de artista y de poeta, en la que se unen en ardiente armonía la Ciencia y la Belleza.

NOVELAS:

Cœur en détresse, por Gabriel Mourey. Obra de estilista y de sensitivo refinado.

La fièvre, por Louis Lumet.

Les colombes d'Aphrodite, por Lionel des Rieux.

L'heure sexuelle, por Jeane de Chilra, pseudónimo de la gran escritora Jeane Rachilde, esa instintiva que ha producido *L'Animal*, *Madame la mort* y *Le vendeur de soleil* y tantos otros estudios de fuerte originalidad.

—La revista *La Plume* ha comenzado á publicar una leyenda moderna en prosa, original del brillante Adolfo Retté, y que lleva por nombre *La seule nuit*.

—Con el título *L'Art décoratif*, ha aparecido en el mes de octubre último, una edición francesa de la hermosa revista alemana *Dekorative Kunst*. Las oficinas de la nueva publicación se hallan establecidas en la *rue Pírgolése*, 37, *París*.

—*Toynbee Hall*, es la última novela del celebrado escritor inglés René Claparede.

—El gran divulgador en Europa de la literatura popular en el Egipto contemporáneo es M. Paul Pasig, el cual se ha valido para sus trabajos de las investigaciones de orientalistas como Maspero, de Rougé, Birch y tantos otros que se han dedicado á explorar el misterioso país de los Faraones.

—*Cyrano de Bergerac*, el famoso drama de Edmond Rostand, acaba de ser vertido al ruso por dos traductores á la vez: A. Teodorovy y laSra. Sehtchukine-Koupernik. Por cierto que ambas traducciones han tenido el don de satisfacer y entusiasmar al público ruso.

—La civilización del Japón no se anuncia solamente por sus conquistas, su industria y su comercio: la literatura también. Las revistas japonesas acusan una vitalidad que deja muy atrás á los países de la vieja Europa. Pasan de cien las grandes y pequeñas revistas. Las más importantes que podemos citar son *Shak-wai-zaski* (Resumen social), *Kyoikujiron* (Revista pedagógica), *Fogaku-Zasschi* (periódico feminista), *Taiyo* (El Sol, revista política).

—*La Venezuela*, es el título de un libro que publicará muy pronto el señor Savignac, secretario de redacción del *Economista Belga*, de Bruselas. La obra contendrá estudios referentes al triple punto de vista económico, financiero y político.

—El conocido escritor chileno don Miguel A. Rivera dará á la luz pública una interesante obra con el título *Juan Agustín Palazuelos*, sus obras y sus doctrinas. Es un entusiasta homenaje al caudillo del partido radical chileno.

—Igualmente se publicará en aquel país los *Discursos políticos y parlamentarios*, de don Enrique Mac-Iver (1868-1898), con trabajos adicionales de los señores Jorge Huneeus Gana, Abraham König y Carlos Toribio Robrinet.

—A \$ 30,000 asciende lo presupuestado para la construcción del pabellón de la República Mayor de Centro América en la Exposición de 1900.

—Don Miguel A. Navarro, escritor y polemista hondureño, ha llegado á Guatemala, procedente de Tegucigalpa.

—La última novedad en materia de aplicaciones científicas la ha dado Camilo Flammarión aplicando el cinematógrafo á la representación de los movimientos planetarios, lo cual ha realizado con el concurso de tres artistas.

—En el teatro Victoria de Valparaiso, se ha cantado la gran ópera *Lohengrin*, de Ricardo Wagner, con gran regocijo del público.

—La prensa del Salvador consagra frases halagüeñas á nuestro compañero Soto Hall por su poema *Amores trágicos*.

LITERATURA NACIONAL

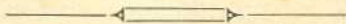
PROSA.—El acontecimiento literario de más importancia que hemos tenido en estos últimos días es la aparición del libro *Prosa*, primero de Ernesto Martín. Es una verdadera miscelánea compuesta de diez y siete piezas entre cuentos y artículos. Martín es joven de gran inteligencia y conocida laboriosidad, y los trabajos publicados en *Prosa*, acreditan sus méritos y la fama de que goza apesar de su corta edad. PINCELADAS emitirá en su número próximo, juicio sobre este bello libro, contentándose hoy con felicitar al amigo y compañero Martín y augurándole como Soto Hall en su prólogo que ceñirá justamente un nuevo laurel al publicar su libro *Prosa*.

ESBOZOS.—Muy grato ha sido, por lo que á los lectores costarricenses se refiere, ver la marcha progresiva de la revista quincenal con cuyo nombre encabezamos estas líneas. Los jovencitos que sobre sus hombros echaran la pesada carga de una revista, en país tan poco literario como Costa Rica, deben estar satisfechos, pues su labor ha superado á lo que podía descarse. Los números han ido creciendo en interés y mérito de manera que sorprende. Grato nos es felicitar á la juvenil revista que ha logrado éxito tan satisfactorio con su primeros ensayos.

POESÍAS.—Dos hemos visto del joven don José María Zeledón B. y podemos asegurar que por sus pri-

meros pasos, hay derecho á esperar del novel poeta frutos muy sazonados para el porvenir. Mucho estudio y pocas preocupaciones, son nuestro consejo.

JOYAS LITERARIAS.—Las obras completas de Victor Balaguer, el inmortal poeta catalán; han llegado últimamente á la Librería Española de María v. de Lines. Es una brillante ocasión de hacerse de libros, por tantos conceptos valiosos, como son los de Balaguer. *La Romería de mi alma*, *Celistias*, *Al pie de la encina*, *Burgos*, etc., merecen que los aficionados á las letras y á la historia se hagan de ellas, seguros de obtener verdaderas *Joyas literarias*.



CONDICIONES

PINCELADAS saldrá en la primer semana de cada mes, en cuadernos de 32 páginas.

Sus columnas se consagrarán con preferencia al fomento y propaganda de la Literatura Nacional, y registrará en sus páginas el movimiento literario y artístico extranjero.

PRECIOS:

Trimestre	\$ 1.00
Número suelto	» 50

La correspondencia literaria se enviará á cualquiera de los Redactores, y la administrativa á Máximo Soto Hall.